

rramado también a artistas de teatro criollo, para que lo creen en las aldeas indias.

No sé decirles qué alegría tan profunda me ha removido al encontrar en las poblaciones indígenas más apartadas, haciéndole cantar o representando con ellos una pieza regional. Siempre me ha sido odioso ver que el arte sirve como el coctail en los restaurants elegantes, para un grupo de hombres y mujeres mundanas, o ver que en academias y ceremonias pasa a ser una especie de forma de erudición o de rito para refinados. Y es que la belleza es para mí una especie de gran viento que ha de correr libre sobre el mundo, refrescando la mejilla ardorosa de los espigadores, batiendo los trajes claros de los niños en una ronda hecha sobre un llano y entrando en la casa de los hombres en una oleada de salud.

No es artista una raza porque tenga grandes compositores, si la música sólo enciende una pequeña multitud en el recinto de un teatro; lo es solamente cuando el canto penetra la vida nacional y está derramado en las fábricas y en los campos, cuando traspasa tan verdaderamente el alma de un pueblo, que cantan sus forjadores entre las chispas de la fragua y cantan los gañanes derribando un roble, y cantan las mujeres al anochecer, sobre el rostro del hijo que hacen dormir.

Sólo entonces la Belleza se convierte en una *cosa profunda y humana* y en una fuerza civilizadora tan grande como la de las religiones. Se hace, como una sangre, fuerza y espíritu.

Esta es la obra larga, lenta y santa que ustedes empiezan en Chile, que México realiza hace siglos y que ya tiene consumada.

¡Hacer cantar! Qué banalidad, dirán aquellos que sólo buscan *hacer trabajar*, sin ver que el trabajo se hace *plebeya servidumbre cuando no tiene paréntesis espirituales, y que es fatiga fea y brutal cuando no lo ciñen las rosas de la alegría.*

Depurar las canciones populares de la causticidad que suelen tener; reemplazar los couplets canallescos que se han infiltrado en nuestro pueblo por obra del teatro inferior; hacer las canciones de los campos y de las fábricas, que trascienden a las hierbas de nuestra tierra y que saquen sus motivos de la misma faena que los hombres hacen: esa es la labor de nuestros músicos de América, *de aquellos que son lo suficientemente puros para saber que vinieron a afinar y ennoblecer las emociones de su raza.*

Los parques que en todas las grandes poblaciones se están multiplicando para borrar la brutalidad de las ciudades modernas humosas y fabriles, piden los festivales de los cantos, los grandes coros que hacen como más

vivos los follajes y exaltan a las multitudes, haciéndolas incorporarse al río del canto (porque la Música es el mayor contagio de alegría, y por lo tanto, de salud).

Les envío trece canciones que para ustedes me ha obsequiado la *Dirección de Cultura Estética*; a éstas seguirán otras, hasta completarles una colección que les revele por entero esta música popular mexicana, que es como la argentina, lo mejor del folklore musical de la América.

He de hablarles en otra correspon-

dencia de la cerámica artística de los indios, que ha sido la mayor revelación que me ha hecho México. Vuelvo a repetirles: el arte en este país es como un río que vivifica a toda la raza, que atraviesa ciudades y aldeas, y yo he visto vivo en este pueblo un viejo sueño mío.

Les recuerdo y les saludo agradecida.

GABRIELA MISTRAL

Octubre de 1922.

(Boletín de la Secretaría de Educación Pública, México, D. F.)

Alianzas intelectuales

EL viaje del profesor Del Vecchio—profesor de Derecho en Roma—a España habrá podido ser fecundo para la ciencia jurídica. Para el arte de la política, si se juzga por los comentarios de la Prensa española, no ha debido serlo tanto. Si sus prédicas fascistas, extrauniversitarias, ganaron la atención y la glosa simpaticante de algún hombre de calidad como el Sr. Maura, no ha ocurrido lo mismo con la inmensa mayoría de los españoles. La Italia que nos interesa es muy otra. Como la España que interesa a los italianos es también muy otra que la que se funda o aspira a fundarse en actitudes políticas de violencia, como lo demuestra un documentado artículo del profesor Ruggero Palmieri en el primer número de la revista «Bibliografía General Española e Hispanoamericana», que viene a llenar un vacío, sin que esta frase sea por esta vez un simple lugar común.

Por el artículo del Sr. Palmieri se averigua cómo la literatura española ha merecido de los italianos, desde los tiempos más remotos, una curiosidad

y un estudio poco corrientes. Y no se crea que cuantos italianos se han asomado a nuestra literatura son meros filólogos e historiadores, que aunque especies beneméritas y dignas de todos los respetos y gratitudes, no siempre enriquecen el espíritu de la materia en que operan. España se honra con la preferencia de que ha sido objeto por parte de investigadores tan sagaces como Arturo Farinelli, y de pensadores tan universales y profundos como Benedetto Croce, cuyo conocimiento de la literatura española, antigua y moderna, debe enorgullecer por igual a los dos pueblos. Ahora mismo es difícil que ningún otro país de Europa sienta tanta afición y afecto por la literatura de España como Italia, donde nuestros escritores de primera línea—y aun algunos de menor calidad—son conocidos y traducidos como en ninguna otra parte.

Desgraciadamente, los españoles no han correspondido hasta ahora a estos lazos de la inteligencia que nos tiende Italia. Se traduce poco del italiano, y las principales figuras de sus letras apenas se conocen más que de nombre. En Italia existen, si no nos equivocamos, tres cátedras de literatura española: en Génova, Milán y Roma. Nada equivalente podemos ofrecer. Hace poco se fundó en Roma un Instituto italoespañol, del que pronto, tal vez, escriba en nuestras columnas una pluma bien informada. Nada semejante ha hecho España. Se conocen en nuestros círculos literarios las más modestas novedades editoriales de Francia; pero todo lo de Italia suena a cosa distante en el espacio y el tiempo, como lo de Portugal, incluso como lo de Cataluña. A mayor aproximación del espíritu, mayor alejamiento en el trato. No es sólo de ahora esta paradoja castellana.

Pero ya es tiempo que España piense seriamente en buscar contactos y alianzas con los pueblos más afines,

Dr. Alejandro Montero S.

MEDICO CIRUJANO

de la Universidad Real de Roma.

Horas de consulta: { de 9 a 11 a. m.
de 2 a 4 p. m.

Doctor EDUARDO MONTEALEGRE

Cirujano Dentista Americano

Despacho: 2ª Avenida O. y calle 4ª S.

Solicítense los «Cuadernos de Pedagogía y otros Estudios», que se publican bajo los auspicios del Personal Docente de Heredia.

YA LISTO:

José Ortega y Gasset: *Biología y Pedagogía.*

Precio de los cuadernos: ₡ 1-00

EDITOR: J. GARCIA MONGE

Apartado 533

SAN JOSÉ DE COSTA RICA

(Pasa a la página 320).